

WORLD
WARCRAFT
MIDNIGHT

EL VACÍO ENTRE
NOSOTROS

ALEX ACKS

HISTORIA

ALEX ACKS

ILUSTRACIONES

SURFSIDE 3D

EDITORIAL

CHLOE FRABONI

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE

COREY PETERSCHMIDT, CHEUNG TAI

ASESORÍA DE TRASFONDO

SEAN COPELAND

CONSULTORÍA CREATIVA

RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN,

STACEY PHILLIPS, KOREY REGAN

PRODUCCIÓN

BRIANNE MESSINA, ANASTASIIA NALYVAIKO,

TAKAYUKI SHIMBO

AGRADECIMIENTOS ESPECIALES A:

VALERIE STONE

TRADUCCIÓN

FRANCISCO DELMIRO

(REVISIÓN: MANUEL MATA ÁLVAREZ-SANTULLANO)



© 2025 Blizzard Entertainment, Inc. Blizzard y el logotipo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard

Entertainment, Inc. en los EE. UU. u otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son productos de la imaginación del autor o artista, o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas (vivas o muertas), negocios, eventos o ubicaciones reales es fruto de la casualidad.

Blizzard Entertainment no controla ni asume ninguna responsabilidad sobre los sitios web y contenidos de los autores o terceras partes.

Blizzard Entertainment hat keine Kontrolle über und übernimmt keine Verantwortung für die Inhalte und Websites von Autoren oder Drittanbietern.



—**E**sos golpes... ¿Son en mi cabeza o en la puerta? —Balbuceó Umbric sobre una almohada empapada de vino.

—Es la puerta —gruñó Rommath, aunque el sonido amortiguado indicaba que había hundido su cara contra otra almohada.

—Alguien debería ir a ver quién es —masculló Umbric.

—Así es —asintió Rommath—. Brindaré por tu éxito.

—No, te lo ruego. El ruido haría que me explorase la cabeza.

Con un gemido como única respuesta a la risita silenciosa de Rommath, Umbric se levantó a duras penas del sofá. Estaba seguro de que, en sus siete años como estudiante en Dalaran, apenas un pestañeo para un elfo noble, nunca había tenido una resaca tan fuerte. Los amigos que había hecho entre sus compañeros de estudio de lo Arcano, como Rommath, solían ser un bálsamo para su alma y su espíritu... Aunque en este caso eran los responsables de su dolor de cabeza; la culminación de una fiesta de fin de trimestre que había pasado por cuatro tabernas y que acabó degenerando en una partida de copa del archimago con una baraja que, al parecer, eran todas de archimagos.

Con los ojos entrecerrados por culpa de la luz, Umbric cruzó tambaleándose la diminuta habitación que el Kirin Tor consideraba un alojamiento adecuado para sus estudiantes.

No sabía qué esperaba encontrar al abrir la puerta. Como mínimo, una inundación, un incendio o una plaga de tartas de queso mágicas y carnívoras. «*No, eso fue la semana pasada...*». En su lugar, lo recibió un libro andrajoso, blandido con la misma intensidad con la que la mayoría de la gente muestra la pesca del día, lo que le hizo retroceder un paso.

—Romm... Ah, Umbric, eres tú. Te has tomado tu tiempo.

Umbric entrecerró los ojos para mirar el rostro pálido y angosto que se escondía tras el tomo, cuya expresión normalmente hosca la había sido remplazada por una sonrisa que parecía a medio camino entre satisfecha y demente.

—¿Dar’Khan...? ¿Qué...?

Dar’Khan Drathir se abrió paso de un codazo y cerró la puerta tras de sí con un gesto de la mano.

—Una mente revolucionaria como la mía no debería quedarse esperando en la puerta.

—¿Qué? —Repitió Umbric.

Dar’Khan lo miró con el ceño fruncido y después se inclinó hacia adelante y olfateó con curiosidad antes de lanzarle una mirada que expresaba claramente su disgusto.

—Yo juraría que el vino va *por dentro*, Umbric —dijo mientras miraba de reojo el montón de mantas empapadas en las que Rommath se había envuelto y suspiraba—. En este estado no me servís para nada —añadió señalando a Umbric y luego a la pequeña mesa que Rommath, al parecer, utilizaba para comer—. Siéntate.

Con sorprendente eficacia, Dar’Khan logró sacar a Rommath de la cama, para luego preparar una taza de té que, según él, curaría cualquier dolencia.

Quizás sus afirmaciones sobre el té no eran del todo exageradas, Pues tras menos de media hora, Umbric se sentía peligrosamente cerca de un estado casi normal, mientras Rommath hojeaba con curiosidad el tomo de Dar’Khan.

—Lo has conseguido. Dar’Khan —dijo Rommath—. Por fin has encontrado un libro escrito por la única persona con una letra peor que la tuya.

—Está escrito en *código*, idiota— Respondió el otro poniendo los ojos en blanco.

Umbric arrebató el tomo a Rommath y entrecerró los ojos al tratar de comprender la enmarañada escritura.

—¿Lo has descifrado?

—Casi.

—*Casi*—repitió Rommath.

Había algo en esos misteriosos caracteres que llamaba la atención de Umbric. Quizás fueran los últimos envites de la resaca, pero le parecía que los garabatos se movían cuando no los miraba, reorganizándose poco a poco hasta que podía distinguir palabras y luego frases.

—Fascinante. —*Quiere que lo entendamos*—. Entiendo lo que quieres decir, Dar’Khan.

Rommath le arrebató el libro y miró con perplejidad la página abierta.

—Os estáis riendo de mí.

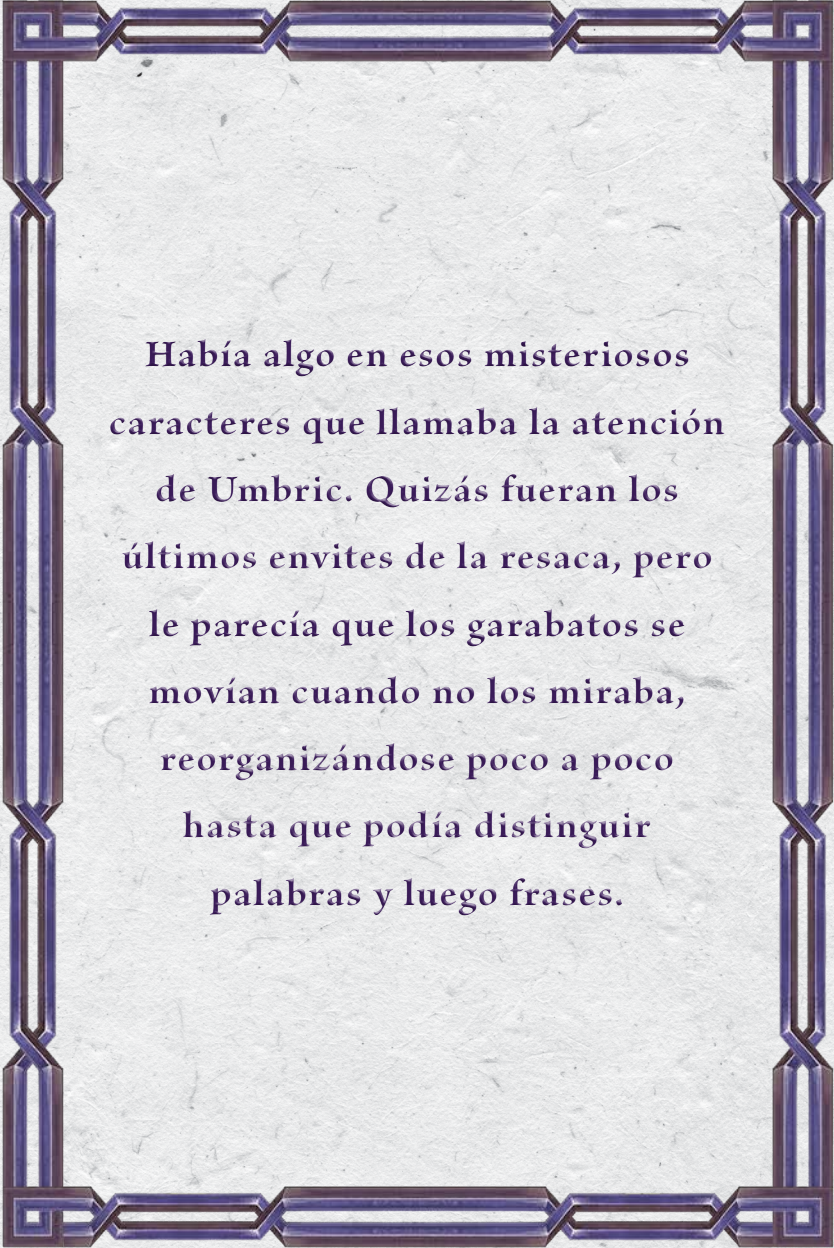
—¿Será posible? —bromeó Dar’Khan— ¿He encontrado un tomo que se resiste a tus encantos?

Sin embargo, Umbric se dio cuenta de que el temperamento de su mejor amigo estaba a punto de pasar de la brusquedad habitual a un verdadero enfado. Y aquel día no le apetecía tener que aplacar dos egos heridos.

—Estaría bien que nos dijeras qué piensas hacer realmente con él, Dar’Khan.

—Aún no lo sé bien —dijo el otro, más complacido que preocupado—. Pero para eso están los experimentos.

«Típico», pensó Umbric. Era ese hábito de Dar’Khan el que había forjado su amistad desde la primera vez que se presentó en la puerta de Umbric con un misterioso cristal cubierto de polvo que había encontrado en un rincón de un bazar. La explosión resultante, tras no pocas pruebas, había volado todas las ventanas de Umbric y transformado cada trozo de madera del apartamento en caramelos semiconscientes. Las arias enanas que comenzaron a cantar provocaron en el habitualmente reservado Rommath un ataque de risa tal que hizo que abandonara por completo su dignidad para tirarse al suelo, incapaz de respirar entre risitas



Había algo en esos misteriosos
caracteres que llamaba la atención
de Umbric. Quizás fueran los
últimos envites de la resaca, pero
le parecía que los garabatos se
movían cuando no los miraba,
reorganizándose poco a poco
hasta que podía distinguir
palabras y luego frases.

ante cada nueva nota. Cada aparición del maniaco de Dar'Khan podía resumirse en «Parecía una buena idea en ese momento», y Umbric no habría cambiado ni un segundo de ello por todas las riquezas arcanas de Dalaran.

—¿Otro experimento? —respondió Rommath resoplando con tanta fuerza que derramó el té de su taza—. No lo dirás en serio.

Era una frase que Umbric había oído infinidad de veces. Rommath era un estudiante modelo que respetaba las normas y siempre evitaba todo tipo de improvisación. Pero Umbric también vio el brillo del interés en los ojos de su amigo. Por muy mojigato que pudiera ser Rommath a veces, no habría tenido tanto éxito en Dalaran sin una mente aguda y la curiosidad que la acompañaba.

Así pues, y como era frecuente, había llegado el momento de que Umbric cumpliera su papel de puente entre dos brillantes magos cuyas personalidades eran casi opuestas con el fin de satisfacer su curiosidad. «Necesito saber qué quiere contarme el libro. Y Dar'Khan nunca ha encontrado ningún secreto que no podamos resolver entre los tres».

—Venga, Rommath. Que Dar'Khan no nos ha matado todavía.

—A pesar de intentarlo con todas sus fuerzas.

Umbric detectó la victoria en el cambio de su tono de voz, que pasó de irritado a agraviado. Hizo un esfuerzo por no sonreírle a Dar'Khan.

—¿Y bien? ¿Por dónde empezamos?

Entre los tres empujaron los muebles de Rommath contra las paredes, enrollaron la alfombra para dejar al descubierto un suelo de madera rayado que necesitaba un buen lijado y utilizaron un trozo de tiza para trazar un círculo protector. A continuación, Dar'Khan revisó el círculo y le añadió un par de símbolos para concentrar y redirigir las corrientes Arcanas.

—Rommath, tú encárgate del norte —dijo mientras señalaba con la mano una parte correspondiente del círculo—. Umbric, tú —volvió a consultar el libro—... al sur.

Umbric se colocó en su lugar, con cuidado de no borrar la tiza. Aquello parecía algo bastante habitual: Rommath y él ayudarían a Dar'Khan mientras este realizaba la emocionante tarea de conjurar el hechizo. Era el tipo de cosas que habían aceptado



como aprendices, y era sobre todo el papel que Umbric desempeñaba a menudo en aquellos tiempos, ya que Rommath, Dar'Khan y muchos otros estudiantes ya habían descubierto sus especialidades y destacaban en ellas. No podía sentirse resentido por ello, ya que se había dedicado a buscar en cada rincón sin encontrar nada que captara plenamente su interés. Incluso los profesores habían empezado a comentar que corría el riesgo de convertirse en un diletante, pero ninguno objetaba cuando decidía pasar parte del trimestre estudiando su área. Ya fueran evocaciones o ilusiones, conjuros o adivinaciones, todo le parecía fascinante y se sumergía en ello hasta que otro campo llamaba su atención.

Dar'Khan mantenía el libro en algo con una mano, mientras con la otra hacía gestos para reunir los hilos de energía Arcana y darles la forma que deseaba. Las palabras que recitaba mientras consultaba el tomo le resultaban totalmente desconocidas..., pero Umbric las entendía de todos modos.

La sensación de rutina desapareció cuando el hechizo de Dar'Khan formó un anillo que se retorció hasta adoptar una forma infinita y colapsó sobre sí mismo, para después convertirse en un punto más profundo que la oscuridad. Su forma cautivó a Umbric: un flujo de energías diferente a todo lo que había visto antes.

—¿Eso es... —Las palabras de Rommath brotaron lentamente, preñadas de horror en cada sílaba—. No habrás...

Dar'Khan sonrió.

—¡Lo sabía! Permitidme que os presente... el Vacío.

—El *Vacío* —siseó Rommath—. Magia prohibida...

—No me seas estirado, Rommath. Es perfectamente... —contestó Dar'Khan, pero a su vez fue interrumpido por una mano de energía negra como la tinta que brotaba del pequeño portal—. Dar'Khan gritó algo que Umbric no llegó a entender, ya que a la mano se le unió otra que hizo crecer el portal para revelar unos ojos brillantes.

—¡Ciérralo! —Gritó Rommath.

Todo rastro de triunfo había desaparecido del rostro de Dar'Khan, reemplazado por una mandíbula tensa y una palidez aún más pronunciada de lo habitual.

—Sí.

Su rápida respuesta evidenciaba un temor que rápidamente se convirtió en terror mientras hacía un gesto, luego otro y por fin un tercero.

—¡No me obedece!

La criatura continuó abriéndose paso, arrastrando consigo una nada abrumadora. Rommath creó un remolino de fuego brillante con sus manos y lo lanzó contra el monstruo, sin conseguir otra cosa que llamar su atención.

La maestría de Umbric en la magia ofensiva nunca habían igualado a las de Rommath o Dar'Khan.

—¡Yo me encargo! —dijo a Dar'Khan.

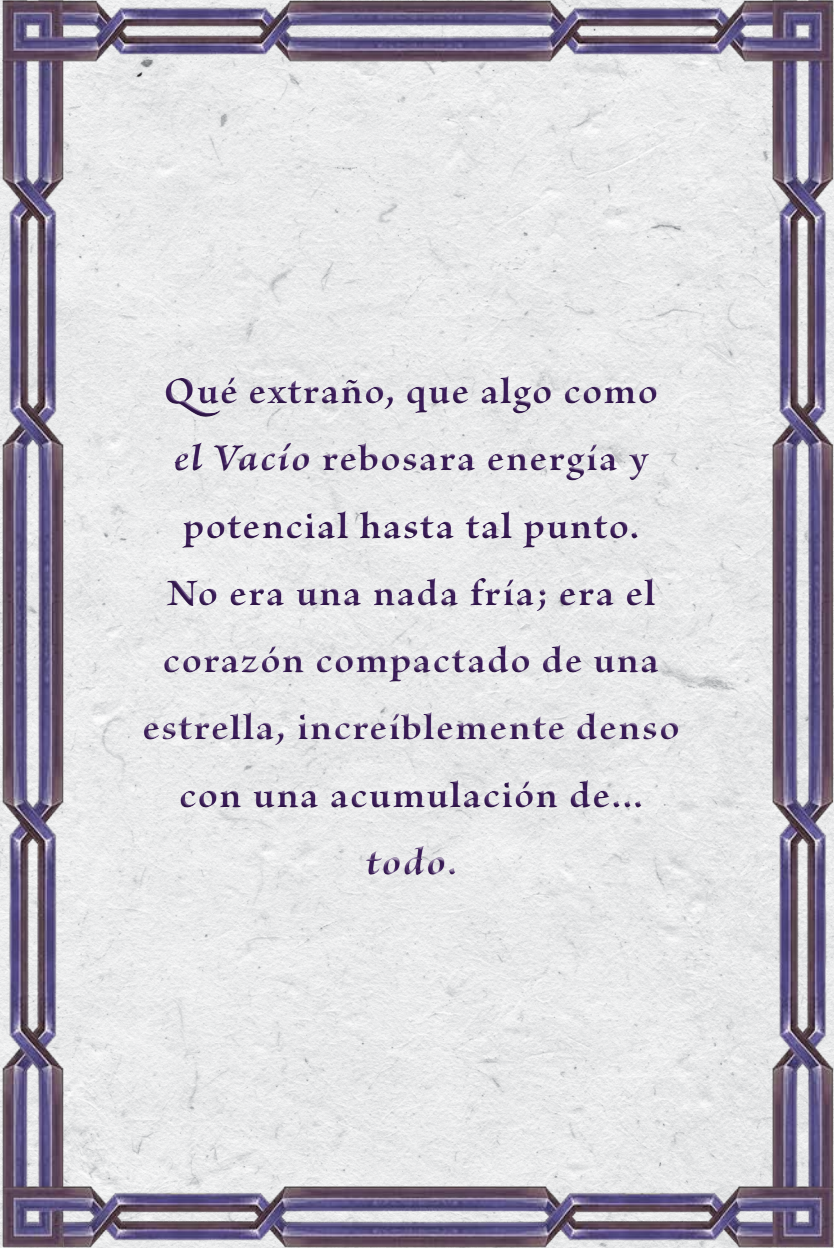
—Pero... —contestó este mientras esquivaba una descarga de Sombras.

—¡Vamos! ¡Ayuda a Rommath!

Las sombras crepitaban en el aire cuando el ser emergió por completo en su plano, acompañado de una ola de frío abrasador. Dar'Khan intentó recomponerse mientras comenzaba a conjurar un hechizo de hielo.

Umbric centró su atención en la magia que había creado el portal, ahora un remolino que se sostenía por sí mismo y atraía hacia sí la energía de los planos que unía. Nunca había visto algo así, pero tampoco tenía tiempo para estudiar sus complejidades. Unas chispas de fuego brillante y unos fragmentos de hielo bailaban en el límite de su percepción mientras sus amigos luchaban contra la criatura, pero su mente estaba ocupada con la forma del portal y la mejor manera de cerrarlo. Se enfrentaba a dos problemas, con poco tiempo para resolverlos: la criatura del Vacío que había escapado y qué hacer con toda la energía que el portal había comenzado a acumular en un aullante halo. «Si pudiera unirlos y alimentar el hechizo de destierro con ese exceso de energía...». En parte impulsado por su instinto, Umbric comenzó a conjurar un segundo hechizo y lo unió al que mantenía abierto el portal. Encontró el estrechó nudo que cerraba la enorme distancia ontológica entre aquel lugar impregnado de Vacío y Azeroth, algo delicado y fácil de deshacer. Lo alcanzó con su voluntad y...

Qué extraño, que algo como *el Vacío* rebosara energía y potencial hasta tal punto. No era una nada fría; era el corazón compactado de una estrella, increíblemente denso con una acumulación de... *todo*.



Qué extraño, que algo como
el Vacío rebosara energía y
potencial hasta tal punto.
No era una nada fría; era el
corazón compactado de una
estrella, increíblemente denso
con una acumulación de...
todo.

«Tal conocimiento, esperando a ser descubierto... ¿Por qué elegir un camino? El Vacío me dará lo que Dalaran no puede, lo que más deseo: la oportunidad de tomar todos los caminos y no tener que preguntarme nunca qué podría haber sido». Era muy tentador explorar por completo todas las posibilidades ilimitadas que intuía en la oscuridad que había más allá. «Rommath y Dar’Khan nunca tolerarían que les eclipsara así. Querrían que siguiera siendo insignificante, pero si los mato primero...».

Un escalofrío recorrió la espalda de Umbric al sentir el cosquilleo de ese pensamiento, que de forma tan natural había surgido del anterior. La mera idea de asesinar a alguien, y mucho más si se trataba de amigos tan queridos para él, le resultaba repugnante. Sin embargo, casi podía saborear el poder oscuro que le tentaba, las infinitas posibilidades bailando en sus dedos aún pegajosos de sangre.

«No».

Cortó el puente que unía el Vacío con la estancia. El hechizo que había improvisado parecía funcionar a la perfección: el brillante destello de energía que se produjo cuando el portal comenzó a derrumbarse se convirtió en una red que atrapó al monstruo. La criatura, desprevenida ante tal ataque mientras mantenía a raya a Dar’Khan y a Rommath, lanzó un chillido estremecedor al sentir que la arrastraban de vuelta por el portal, ahora del tamaño de un alfiler. Un instante después, el portal colapsó, y Umbric se dio cuenta de que había calculado mal la poca energía que realmente gastaría al atrapar al monstruo, ya que la liberación del exceso lo lanzó de cara contra el suelo. Sintió en la boca un sabor a sangre y rayos, y los oídos tuvieron que destaponársele varias veces antes de que pudiera volver a oír bien.

—¡Umbric!

Este sintió más que oyó el golpe sordo que hizo Rommath al arrodillarse a su lado.

—No me he roto nada —murmuró con la cara pegada al suelo—. Creo.

Con un sumo cuidado que contradecía su brusquedad exterior, Rommath lo ayudó a ponerse en pie, momento en el que Umbric se percató brotaba sangre con libertad de su nariz dolorida.

—Bueno, casi nada.

Rommath se volvió con furia hacia Dar'Khan.

—Podías habernos matado, *insensato*.

Dar'Khan sonrió con descaro.

—¿Sabes lo que significa este descubrimiento? Un portal del Vacío...

—¡Te condenarán al exilio! —gruñó Rommath—. De todas las estupideces...

—¡El idiota eres *tú* si no puedes ver...!

Umbric se dio cuenta de que la situación solo iba a empeorar. Dar'Khan estaba demasiado excitado, tanto por el descubrimiento como por haber escapado por los pelos de la muerte, y Rommath... Era muy fácil percibir el terror absoluto que se escondía tras sus bravuconadas. Tal vez pudieran mantener una discusión civilizada sobre lo que acababa de pasar..., pero no sería en aquel momento. Ahora, la situación se estaba acercando peligrosamente a una pelea.

—Rommath, tu pañuelo, por favor —intervino.

—¿Qué? Ah.

Rommath lo miró un instante, y su expresión se volvió fría y severa mientras sacaba el pañuelo de lino blanco de la manga de su túnica.

Umbric aprovechó la pausa que les había proporcionado la hemorragia de su nariz.

—Dar'Khan, ver a ver a la alquimista y tráeme una poción de salud, por favor. Eres el que mejor le cae de los tres.

—Está bien —Respondió Dar'Khan, tragándose lo que había estado a punto de decir, Antes de partir rezongando, con el libro mohoso que había provocado el desafortunado incidente bajo el brazo.

Con el pañuelo pegado a su nariz palpitante, Umbric centró su atención en los restos de los muebles de Rommath y utilizó un hechizo de animación para que las piezas comenzaran a recomponerse.

—Siéntate. Son mis muebles —dijo Rommath.

—Lo haré en cuanto haya una silla de una pieza. Además, también soy responsable en parte de este desastre.

Tras lanzar un resoplido, Rommath sacó una escoba del armario, que encantó para que barrierla la tiza del suelo.

—Si hubiera sabido que *esa* era la maravillosa sorpresa de Dar’Khan...

—Te habrías perdido toda la diversión —contestó Umbric.

—*Ya, diversión...*

Una de las sillas parecía lo suficientemente estable como para soportar su peso, así que Umbric la arrastró hasta la amplia ventana de la pequeña habitación, que se abrió obedientemente con un gesto. Se sentó con cautela y se asomó al bullicio diurno de Dalaran, donde el murmullo de las voces, aunque lejano, seguía siendo demasiado fuerte como para silenciarlo por completo con magia. ¿De verdad había pasado tan poco tiempo desde que Dar’Khan los había sacado a ambos de su sueño? Observó a un grupo nutrido de aprendices que charlaban mientras recibían clases en un amplio jardín, a un trío de adolescentes desgarbados que probaban hechizos de escarcha y a una gran procesión formada por la comitiva de algún dignatario, de visita por las calles de la ciudad. Lo que antes se le había antojado imposiblemente caótico, ahora le parecía sencillo, ordenado y legible.

Rommath acercó una silla aún tambaleante y se sentó a su lado, aunque era demasiado digno como para asomarse por la ventana. Miró a Umbric con expectación, levantando una ceja.

Umbric le devolvió la mirada.

—Hasta tú tienes que admitir que ha sido una... experiencia enriquecedora.

Las palabras sonaron imperdonablemente tibias al salir de sus labios, pero aún estaba lejos de tener las ideas claras.

Rommath resopló.

—Parece que soy el único que escucha cuando los sacerdotes hablan del Vacío. Un hambre sin fin que convierte a los débiles y a los necios en locos y asesinos. Esta no era la confirmación que necesitaba.

—¿Eso es todo lo que has visto?

—¿Debería haber visto algo *más* que ese monstruo que intentaba matarme?

Por un momento, Umbric se planteó contarle lo que había sentido al tocar el Vacío: no una oscuridad insaciable, sino un *potencial*. Aunque también pensó en el extraño pensamiento que se había introducido en su mente. ¿Consideraría eso Rommath un tema de discusión o una razón para llevarle ante los sacerdotes que había mencionado?

—No, claro que no. —Y ante la mirada sospechosa de Rommath, Umbric se apresuró a añadir—. Solo esperaba que hubiera algo más.

Rommath descartó el tema como si fuera una mosca molesta.

—Debería contarle al Consejo de los Seis lo que ha hecho Dar’Khan.

Umbric no quería perder a un amigo, o incluso a ambos, por aquello.

—Yo hablaré con él

—No es suficiente.

—Vas a hacer que lo exilien de Dalaran —señaló Umbric.

—Él mismo se lo ha buscado.

—Si el consejo se opone tan fervientemente a un portal del Vacío experimental, no creo que vean con buenos ojos nuestra parte en todo esto.

—No serían tan severos con nosotros —contestó Rommath con tono de duda.

—Mejor no comprobarlo.

Con un suspiro, Rommath pareció exhalar lo que quedaba de su ira, dejando atrás solo restos de su miedo.

—¿Crees que te hará caso?

Decirle que sí habría sido una mentira que ninguno de los dos habría dado crédito.

—Haré todo lo posible para que así sea. O al menos le convenceré para que no te incluya en ello.

—¿Solo a mí? —preguntó Rommath entornando los ojos.

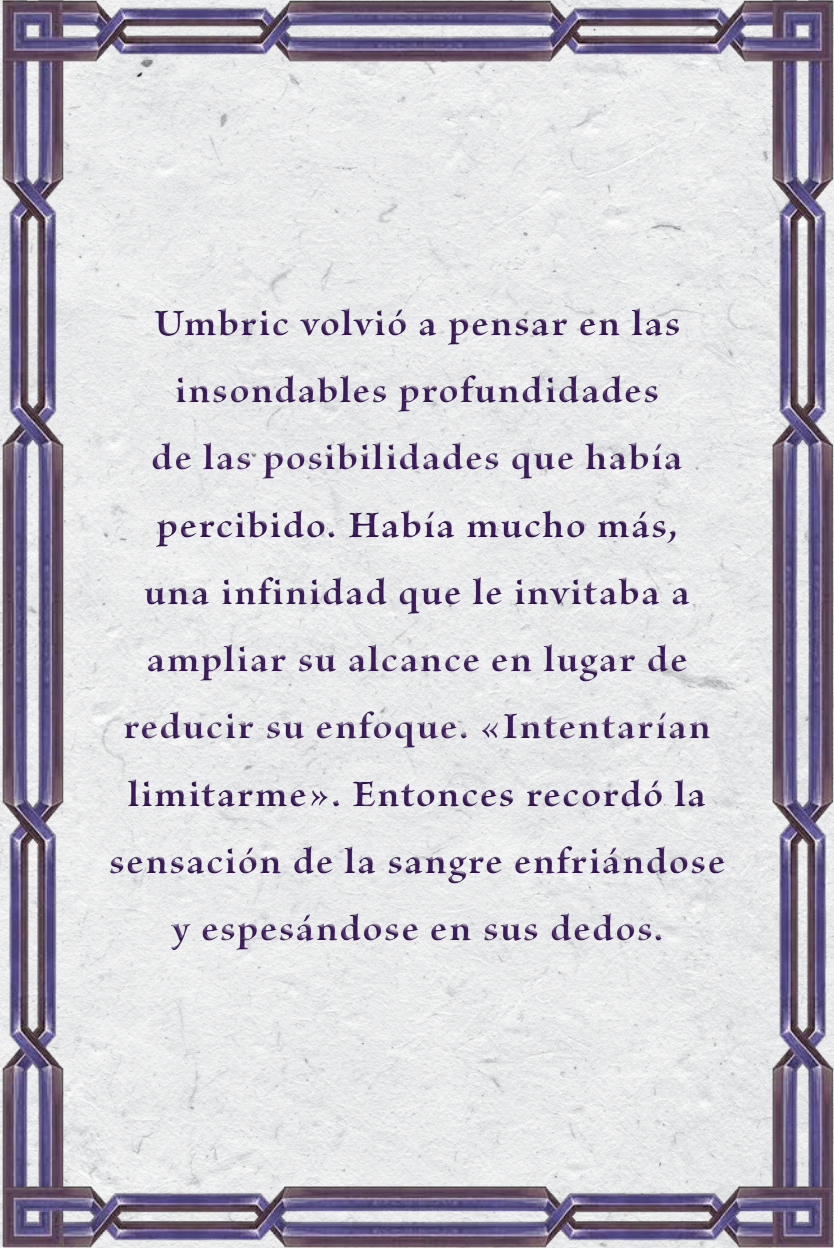
—A *nosotros*. —Umbric negó con la cabeza—. Yo prefiero estudiar otras cosas, la verdad. Cosas menos perjudiciales para mi buen aspecto.

—Las damas y caballeros solteros de Lunargenta llorarán este día —dijo Rommath con un tono serio—. Umbric.

—¿Sí?

—Prométeme que no volverás a aguantar los disparates de Dar’Khan —dijo mientras abarcaba con un gesto de la mano lo que quedaba de sus muebles.

Umbric volvió a pensar en las insondables profundidades de las posibilidades que había percibido. Había mucho *más*, una infinidad que le invitaba a ampliar su alcance en lugar de reducir su enfoque. «Intentarían limitarme». Entonces recordó

A decorative border with a repeating geometric pattern of interlocking squares and rectangles, rendered in a dark purple or blue color with a slight 3D effect, framing the text.

Umbric volvió a pensar en las insondables profundidades de las posibilidades que había percibido. Había mucho más, una infinidad que le invitaba a ampliar su alcance en lugar de reducir su enfoque. «Intentarían limitarme». Entonces recordó la sensación de la sangre enfriándose y espesándose en sus dedos.

la sensación de la sangre enfriándose y espesándose en sus dedos. No era la primera vez que deseaba desesperadamente tener algo del ardiente deseo de Dar'Khan por aprender y hacer oídos sordos a las consecuencias; o la inquebrantable convicción de Rommath que no solo lo impulsaba a destacar, sino que le dotaba de una certeza férrea.

Le faltaba ese impulso interior, confuso y aturrido como estaba, esforzándose por pensar pese al agudo dolor punzante de su nariz. Las posibles consecuencias —la expulsión, el exilio o algo peor— eran mucho más claras que aquellas nociones cada vez más difuminadas de lo infinito.

¿Qué bien podrían traer esas posibilidades desconocidas? Lunargenta necesitaba pilares de fortaleza como Rommath y mentes agudas como la de Dar'Khan para guiar el curso de su futuro, no una oferta de incertidumbre cargada de un mar de preguntas que tal vez nunca obtuvieran respuesta. «Recuerda por qué estás aquí». La emoción del aprendizaje, sí, pero ante todo el ideal del servicio. Algún día, no muy tarde, serviría a su pueblo como magister junto a sus amigos más queridos. Era la visión preciada y tangible del futuro que habían construido juntos durante muchas noches de vino y alegría, y él no deseaba nada más.

Miró a los ojos a Rommath, cuya habitual severidad seguía teñida de preocupación, y pronunció las palabras que deberían haber salido de su boca con mucha más facilidad y rapidez:

—Te lo prometo.



Umbric lanzó una blasfemia al tropezar con un adoquín roto; su cuerpo, debilitado por la falta de comida, sueño y, sobre todo, energía de La Fuente del Sol, no tenía la fuerza ni la coordinación que antes le habrían permitido salvarse. Cayó de bruces, con las rodillas y las manos doloridas por el impacto, pero solo tenía ojos para la valija de cuero agrietado que había amortiguado parcialmente su caída. Parecía intacta mientras se apresuraba a recogerla. Echó un vistazo a la calle y vio

que estaba desierta, medio cubierta de escombros. Los únicos sonidos presentes eran un llanto lejano y entrecortado y el inestable traqueteo de las persianas desprendidas que mecía el viento.

Combatió el impulso histérico de echarse a reír. Lunargenta era una ciudad en ruinas, aún impregnada con el hedor de la invasión de la Plaga. Y su gente, cada vez más marchita sin la magia de La Fuente del Sol, permanecía allí, deambulando por sus calles como fantasmas. Pero no había nadie para verlo escabulléndose como un vulgar ladrón.

Aun así, no pudo resistirse a lanzar una mirada furtiva hacia atrás mientras caminaba tambaleándose hacia su apartamento, mareado por los punzantes dolores fruto de la abstinencia. No se detuvo hasta haber cerrado la puerta de un portazo y echado la llave. Agotado, dejó caer el paquete sobre una de las mesitas y se desplomó sobre el sofá cercano. Mientras esperaba a que se calmara su corazón, se quedó mirando la valija con ojos doloridos.

—Pienso quemarte en cuanto recupere el aliento —le informó, e imaginó que esta le respondía con una risa aguda y burlona.

«La abstinencia me ha vuelto loco». Un sueño febril lo había transportado a los buenos tiempos en Dalaran, cuando Rommath y él se pasaban largas tardes estudiando por las cafeterías de la ciudad hasta que llegaba Dar'Khan con algún nuevo y estúpido experimento que quería llevar a cabo. Pero al despertar, otros recuerdos habían aflorado entre sus desordenados pensamientos; recuerdos que lo habían llevado al otro lado de la ciudad, a lo que antes había sido una quesería y ahora no era más que una ruina... y, en su interior, un estudio oculto que Dar'Khan le había mostrado años atrás.

Umbric se cubrió el rostro con las manos. «¿Qué esperaba encontrar allí, aparte de dolor, culpa y horror?». Dar'Khan siempre había considerado las reglas de Dalaran insignificantes pero molestas, aunque su comportamiento de aquel entonces distaba mucho de tratar de derribar los resguardos de Quel'Thalas al servicio del Rey Exánime. Le dolía, como si presionara con un dedo un moretón que llegaba hasta los huesos, pensar en el papel que había desempeñado Dar'Khan al haber permitido que la Plaga invadiera Lunargenta y corrompiera La Fuente del

Sol, condenando a su propio pueblo a una locura corrupta o a una muerte lenta y devastadora.

Del estudio oculto de Dar'Khan no quedaba más que un amasijo de escombros, aunque era imposible saber si había sido obra de la Plaga, del propio Dar'Khan o de los furiosos magistri en un intento de destruir cualquier rastro de él. Umbric debería haberse marchado entonces, cuando se encontró con los pies hundidos en montones de papel carbonizado y triturado. Aún quedaba suficiente de la escritura de Dar'Khan en aquellos restos como para que algunas palabras fueran legibles, y lo que leyó le puso los pelos de punta.

Pero entonces encontró la valija; lo único que quedaba intacto en la habitación. Tal vez estaba *destinado* a encontrarla. O quizás se trataba de una trampa.

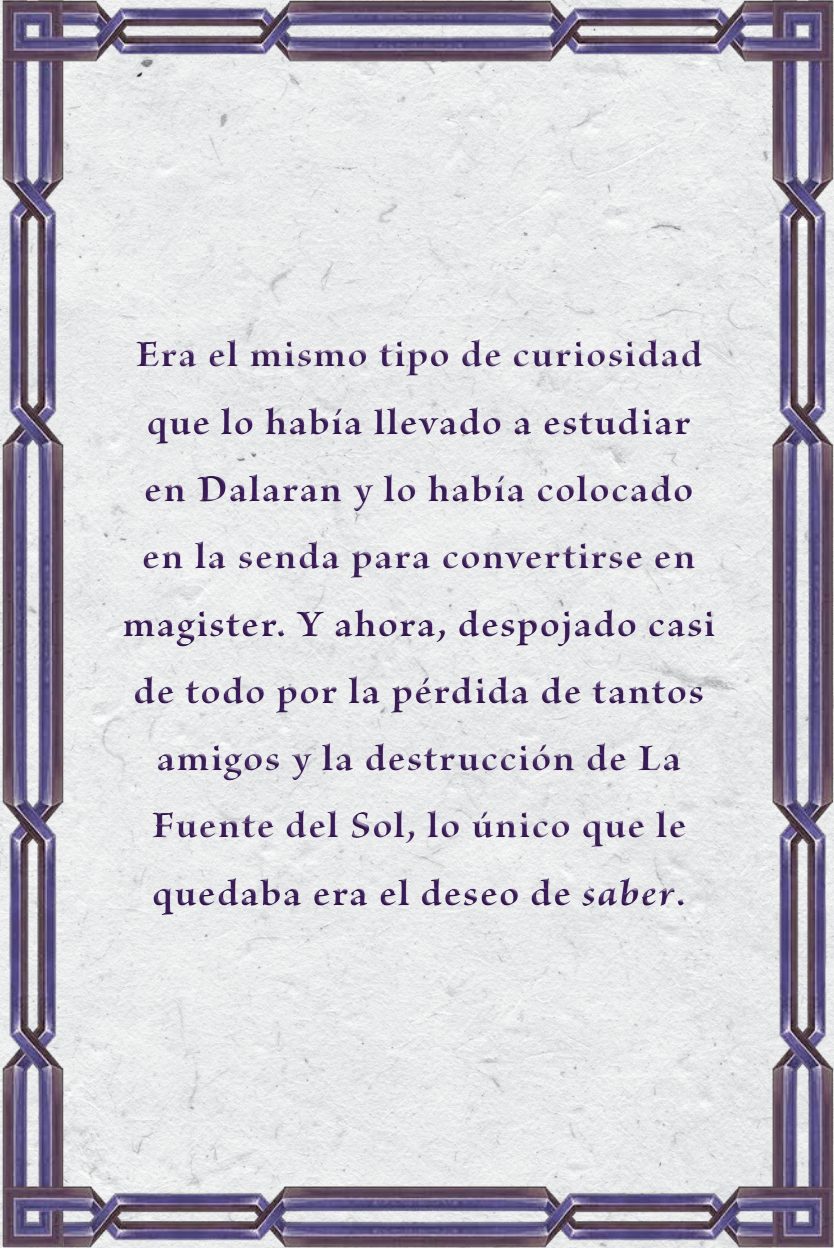
«Ojalá Rommath estuviera aquí», pensó, pero la idea le hizo soltar una carcajada. Rommath había partido a Terrallende y, que él supiera, bien podía haber muerto allí. Si hubiera estado allí, habrían trabajado juntos para resolver el mortal problema de los elfos de sangre, y Umbric nunca habría terminado en ese maldito sótano ni se habría llevado la valija, sin duda igualmente maldita, a sus aposentos.

—Rommath me habría dicho que debíamos quemarte —dijo con voz ronca—. Y habría tenido toda la razón.

Se puso en pie, pero tuvo que agarrarse al respaldo del sofá, invadido por una oleada de vértigo. Llevó la valija hasta la chimenea con la intención de arrojarla al fuego, Pero entonces se percató de que la solapa estaba suelta: el candado tendría que haberse roto al caer. «No importa. Quémala».

Si hubiera tenido la fuerza de convicción de Rommath, ya la habría arrojado a las llamas. En cambio, comenzó a preguntarse qué habría dentro. Era el mismo tipo de curiosidad que lo había llevado a estudiar en Dalaran y lo había colocado en la senda para convertirse en magister. Y ahora, despojado casi de todo por la pérdida de tantos amigos y la destrucción de La Fuente del Sol, lo único que le quedaba era el deseo de *saber*.

«¿Son el conocimiento y el poder herramientas que manejamos o amos que nos manejan a nosotros? ¿Fue Dar'Khan víctima de poderes prohibidos, corrompido hasta convertirse en un monstruo por la insensata decisión de dar un paso hacia ese oscuro camino? ¿O eligió



Era el mismo tipo de curiosidad
que lo había llevado a estudiar
en Dalaran y lo había colocado
en la senda para convertirse en
magister. Y ahora, despojado casi
de todo por la pérdida de tantos
amigos y la destrucción de La
Fuente del Sol, lo único que le
quedaba era el deseo de *saber*.

convertirse en un monstruo día tras día, anteponiendo sus propias ambiciones a todo lo demás?».

El primero era un pensamiento mucho más reconfortante, un pensamiento que convertía ese gran mal en algo inevitable, como un terremoto. Era doloroso dejarlo de lado y abrirse a más culpa. «Quizás si no hubiera elegido a Rommath en lugar de a Dar’Khan..., si hubiera encontrado una forma de mantenernos a todos juntos como amigos...».

«No. Quizás podría haberle ayudado a encontrar un camino mejor. Pero tampoco elegí su camino por él». Apoyó la frente contra la repisa de la chimenea, que estaba fría al contacto con su piel a pesar del fuego que crepitaba alegremente debajo, y apartó la solapa de la valija. Al menos sabía lo que iba a quemar antes de arrojarlo a las llamas.

La esquina de un tomo asomó en las profundidades de la valija. El corazón de Umbric empezó a latirle con fuerza en el pecho mientras lo sacaba. A pesar de que solo había visto la portada una vez, prácticamente pegada a su nariz muchos años atrás mientras padecía una resaca terrible, la imagen se le había quedado grabada en la retina. De todas las reliquias que Dar’Khan podía haber conservado de sus días de estudiante, Umbric nunca se habría esperado aquella. El recuerdo de lo que había sentido al tocar el Vacío, esa posibilidad y ese poder infinitos, lo invadió como una ola de agua fría, y sintió que se le cortó la respiración.

¿No era la falta de ese poder omnipresente lo que los estaba matando a todos poco a poco?

«Prométeme que no volverás a aguantar los disparates de Dar’Khan». Se lo había prometido a Rommath. Los dedos de Umbric se tensaron contra la cubierta del tomo, y el cuero se desprendió bajo sus largas uñas.

«Pero ¿a quién sirve tal promesa mientras todos nos marchitamos?».

Corrió hacia su escritorio y vació el contenido de la valija: un par de monedas, media baraja de cartas con las esquinas dobladas, plumas rotas, las antiguas migajas de lo que alguna vez pudo ser una galleta... Lo único interesante era el tomo en sí, que se dispuso a abrir. Resultaba extraño que Dar’Khan hubiera conservado el libro, cuando era obvio que sus intereses estaban centrados en la nigromancia. Umbric



podría haberse convencido a sí mismo de que el volumen solo se había conservado como recuerdo de tiempos mejores de no ser por las escasas y crípticas anotaciones en la familiar letra de Dar'Khan que iba encontrando en los márgenes: una ecuación a medio terminar que no llevaba a ninguna parte y unos pocos pasajes sobre un lugar llamado Telogrus, subrayados con oscura intensidad. «Si continuó estudiando este tema, quizás haya más notas. Pero si no están aquí y estaban en su estudio, ya no estarán intactas». No era un pensamiento útil, así que lo descartó por el momento. Era mejor ver adónde le llevaba el libro antes de embarcarse en una búsqueda potencialmente infructuosa. Volvió al principio del tomo y comenzó a leer con atención. Al momento, las palabras empezaron a ordenarse ante sus ojos, crenado un flujo de información casi musical que conducía inexorablemente a los principios de la construcción de un portal del Vacío.

Los portales estaban destinados a franquear el paso de un lugar a otro. Si el Vacío iba a ser la salvación de los elfos de sangre, lo que debía fluir era energía, no monstruos. Necesitaba un *conducto*, no un portal.

Umbric cogió su tiza y empezó a dibujar un nuevo círculo Arcano en el suelo, modificando glifos y añadiendo ecuaciones mientras trabajaba. Dormía de vez en cuando, en ocasiones con la mejilla apoyada en el libro, y entonces se despertaba saboreando tinta y tiza en sus labios. Después de días —o tal vez fueran semanas— acabó trazando un diagrama, lo revisó y no encontró ninguna laguna en su teoría. Arrancó hebras de magia de líneas Ley lejanas y pronunció su hechizo sin escuchar realmente sus propias palabras, actuando por puro instinto y desesperación.

Esta vez no se materializó ningún anillo, nada visible a simple vista. Era algo que se *sentía*, no que se *viera*, como si hubiera tocado con las yemas de los dedos un océano oscuro e insondable a miles de mundos de distancia. Con un rugido que le resonó en los huesos, el Vacío lo atravesó, inundando su sangre y cada hueso de su cuerpo, subiendo por sus pulmones y su corazón hasta estrellarse contra su cerebro en el lapso de un respiro.

Durante un instante, Umbric lo vio *todo*. No solo la inmensidad de Azeroth, ni siquiera la Gran Oscuridad del Más Allá en la que se encontraba, sino algo que

acechaba en los resquicios de la realidad: un caleidoscopio de creación junto a una vasta nada infinita que rebotaba y se contradecía.

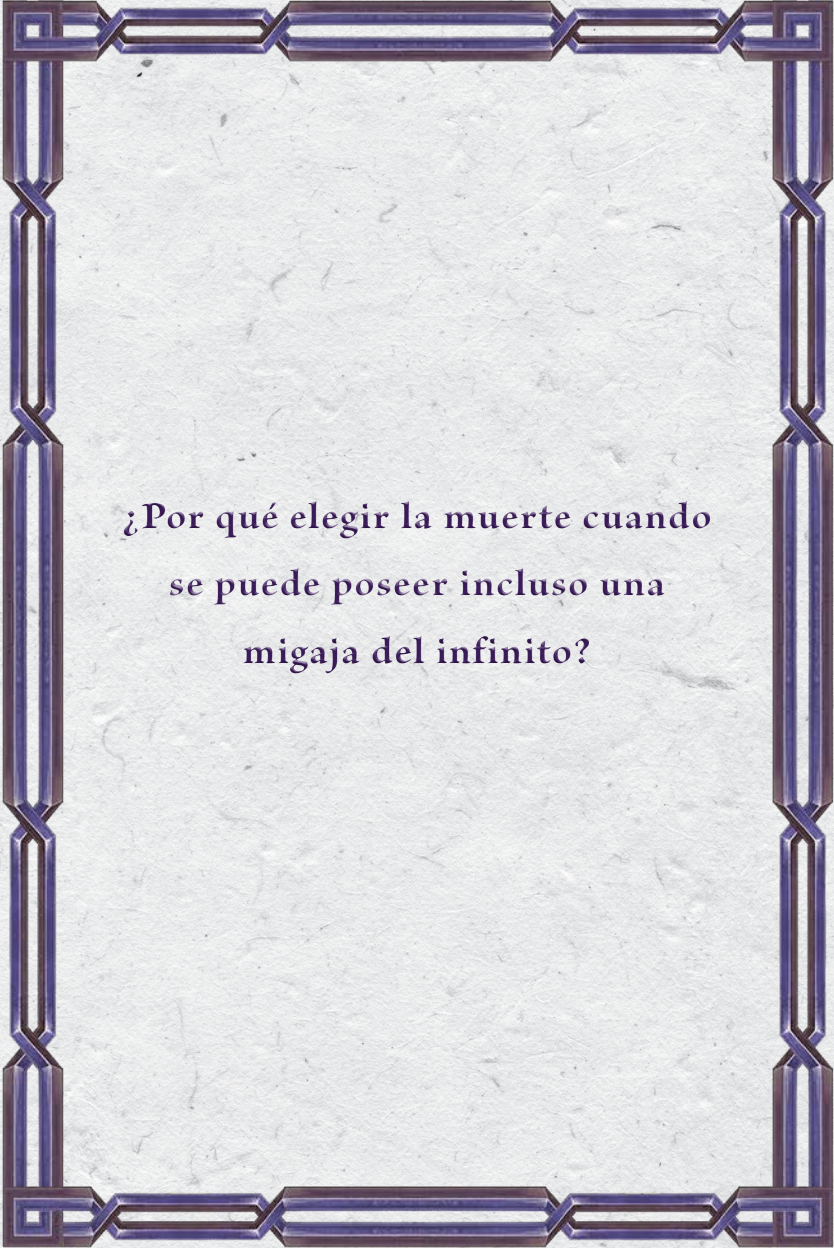
Algo oscuro e intencionado se interpuso entre él y el *todo*, como las lunas eclipsando al sol. Parte de él agradeció el reflujo de aquel flujo abrumador, pero luego se asustó al saber que algo podía estrangular la oleada impetuosa de una fuerza tan primigenia e interminable como el Vacío. Las posibilidades seguían fluyendo sobre él, pero ahora podía comprenderlas plenamente: visiones de futuros que podrían ser suyos si conseguía ser lo bastante audaz, inteligente y astuto. Podría gobernar Lunargenta como un magister divino, amado por aquellos a quienes había salvado con el don del Vacío. El pueblo buscaba consuelo en él como antes lo había hecho en La Fuente del Sol, y le rezarían como a ella mientras los alimentaba con un goteo controlado de la energía del Vacío.

«Esto es lo que quiero, ¿no? Nuestra salvación». Pero sentía que este futuro no le pertenecía. Quería liberar a su pueblo de su desesperada hambruna, no esclavizarlo con ella. «Este es más el sueño de Dar'Khan que el mío. Y gracias a La Fuente del Sol, eligió la muerte como un camino más fácil hacia el poder. Si lo hubiera sabido... ¿Por qué elegir la muerte cuando se puede poseer incluso una migaja del infinito?».

Otra posibilidad se deslizó más allá de la oclusión de las Sombras: Umbric, junto a Kael'thas Caminante del Sol como su respetado consejero, un poder detrás del trono mientras el príncipe se alzaba sobre un pozo frío y oscuro de energía del Vacío. Esto era más de su agrado, pero... ¿dónde estaba Rommath?

«Muerto, por supuesto. Nunca soportaría verme eclipsarlo ni aceptaría la presencia de un poder que no pudiera controlar». No, eso no era propio del Rommath que conocía. Podía ser malhumorado e inflexible, pero siempre actuaba con lealtad y sentido del deber.

No. Umbric se dio cuenta de que esa voz que creía propia era, en realidad, una presencia de las Sombras. En cierto modo, había protegido su cordura al interponerse entre él y ese *todo* primigenio que habían bautizado estúpidamente como el «Vacío». Pero cualquier posibilidad que ahora alcanzara se filtraba a través de *esa* presencia. Esa era su oferta: un Vacío domesticado y dosificado. Y sí, claro que podría utilizarlo para salvar a los elfos de sangre, pero podía hacer mucho más...



**¿Por qué elegir la muerte cuando
se puede poseer incluso una
migaja del infinito?**

«No».

El siguiente pensamiento que se coló en su mente hablaba con la voz de Dar'Khan, haciendo que cada palabra resonara con una lógica burlona. «Estabas ansioso por verme a mí, a tu querido amigo, sacrificado por el bien de Lunargenta. ¿Qué es una muerte más, comparada con la supervivencia de todos los elfos de sangre? Y sabes que Rommath estaría de acuerdo conmigo, aunque fuese a regañadientes». Umbric no sabía si ese pensamiento provenía de la presencia sombría, de su propia mente, o del espectro de Dar'Khan. Pero no importaba; nunca se había interesado por la filosofía moral y le habría costado mucho discutir la lógica incluso en un buen día. Su aversión por los conflictos lo había mantenido alejado de los omnipresentes y animados debates de Dalaran. Sin embargo, no era necesaria ninguna justificación si no aceptaba que el tema merecía ser discutido.

«No. Rechazo tomar este camino tan oscuro. Si la posibilidad es una fuerza verdaderamente infinita, debe haber un mundo en el que puedo salvar a mi pueblo sin sacrificar todo lo que amo». Aspiró, con la garganta en carne viva por los gritos, y volvió a tomar conciencia de su cuerpo y de todos sus dolores.

—Yo mismo encontraré esa posibilidad —dijo con voz ronca.

Sentía las manos entumecidas y distantes, todavía enredadas en los hilos de la magia Arcana. Las movió con una torpeza que no había sentido desde el día en que se convirtió en aprendiz... y rompió el hechizo.

La presencia sombría desapareció, pero también el torrente de potencial. Completamente desolado, Umbric cayó de rodillas y se echó a llorar.

Pasó un momento, una hora, toda una vida, pero, entonces..., un paño húmedo se posó sobre su frente con una fresca suavidad que contrastó con la tajante orden que lo siguió. —Despierta, Umbric. No tengo tiempo para tus llores.

Habría reconocido la voz de su mejor amigo —y el afecto y humor que se escondían tras aquel tono brusco— aunque llevara muerto un siglo. Con un esfuerzo heroico, Umbric abrió los ojos y vio a Rommath inclinado sobre él. Se preguntó si se trataría de una alucinación agónica; Rommath parecía mucho más sano que cualquiera de los sin'dorei que hubiera visto en meses, aunque sus ojos brillaban con un verde antinatural.

—¿Estoy muerto?

Rommath resopló.

—El hecho de que esperes mi reprobación como recompensa tras la muerte... dice mucho de la vida que has llevado.

Umbric recordó, invadido por una repentina energía frenética, lo que había estado haciendo. Intentó reincorporarse —«¿cómo había acabado en el sofá?»—, pero Rommath lo empujó con firmeza hacia atrás apoyándole una mano en el pecho.

—¡La he encontrado, Rommath! ¡He encontrado una solución!

Rommath echó un vistazo al resto de la habitación, atónito al ver el estado en que se encontraba.

—¿Qué has hecho?

—La energía... El conocimiento. Son infinitos. Podrían salvarnos. Es un conducto, ¿no lo ves? No como el portal de Dar'Khan.

Rommath dirigió la mirada hacia el círculo Arcano, con las ecuaciones escritas a tiza, y luego hacia tomo que aún yacía abierto en el suelo. Al reconocerlo, su expresión se volvió tensa y fría. Volvió a centrar su atención en Umbric y habló con un tono que se elevó hasta convertirse en un gruñido:

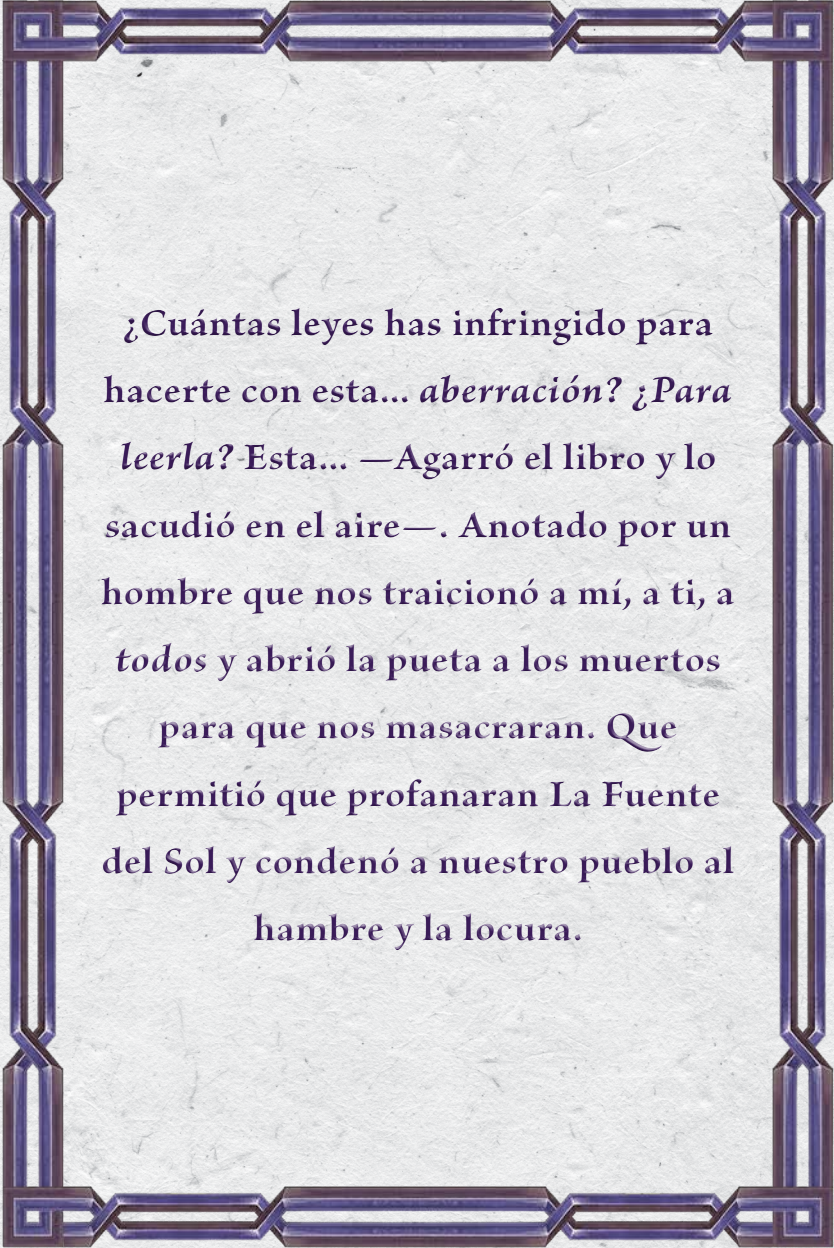
—Me diste tu *palabra*.

—Estamos *muriendo*.

—¡Confiaba en ti! —Gritó Rommath— Dormía más tranquilo sabiendo que estabas aquí, protegiendo Quel'Thalas. Y te encuentro así —añadió contrayendo el rostro con ira y disgusto mientras señalaba con la mano el desorden de papeles y tiza que se había apoderado del estudio de Umbric—. ¿Cuántas leyes has infringido para hacerte con esta... *aberración*? ¿Para *leerla*? Esta... —Agarró el libro y lo sacudió en el aire—. Anotado por un hombre que nos traicionó a mí, a ti, a *todos* y abrió la puerta a los muertos para que nos masacraran. Que permitió que profanaran La Fuente del Sol y condenó a nuestro pueblo al hambre y la locura.

Las sucesivas oleadas de miedo, ira y horror que le provocaron las palabras de Rommath ayudaron a Umbric a ordenar sus pensamientos.

—No traicionaré a nuestro pueblo como hizo Dar'Khan —respondió con tono suplicante—. Tú me *conoces*, Rommath. Mejor que nadie. No tengo ningún interés



¿Cuántas leyes has infringido para hacerte con esta... *aberración*? ¿Para leerla? Esta... —Agarró el libro y lo sacudió en el aire—. Anotado por un hombre que nos traicionó a mí, a ti, a *todos* y abrió la puerta a los muertos para que nos masacraran. Que permitió que profanaran La Fuente del Sol y condenó a nuestro pueblo al hambre y la locura.

en el poder o la adulación «Por mucho que el Vacío haya intentado tentarme. Solo quiero salvarnos de la extinción».

Rommath respiró hondo y pareció controlar su ira.

—La locura que ha supuesto la pérdida de La Fuente del Sol nos ha afectado a todos profundamente.

Miró de reojo el libro, que aún sostenía en la mano, y lo arrojó a la chimenea. Umbric se estremeció al oír el ruido que hacía al golpear los leños y el crepitar al prenderse, pero sabía, de alguna manera, que había aprendido todo lo que el libro podía enseñarle.

—No llegaremos a estos extremos —continuó Rommath—. Kael'thas me ha enviado de vuelta a casa porque ha encontrado una solución, y yo debo enseñar sus primeros pasos. Existe un método... que nos permitirá extraer la magia que necesitamos.

—¿De dónde?

—Por ahora, de artefactos, objetos que ya no utilizemos, ese tipo de cosas.

—Pero esa no es una solución permanente —señaló Umbric.

—No he dicho que lo fuera. Pero mientras recuperamos nuestras fuerzas, Kael'thas está haciéndose con una fuente de poder mayor que podremos utilizar. Por lo tanto, no hay necesidad de tomar medidas tan drásticas. Nuestro príncipe nos traerá la salvación. Confía en él.

La mención del nombre de Kael'thas por parte de Rommath tendría que haber sido más reconfortante. Umbric solo había conocido al príncipe de pasada cuando todos eran estudiantes en Dalaran, pero era el hijo del rey Anasterian. Sin poder evitarlo, pensó en que todos habían confiado en La Fuente del Sol como un pilar inamovible sobre el que equilibrar sus vidas sin pensarlo dos veces y en lo poco preparados que habían estado para su destrucción.

«También confié en Dar-Khan», pensó.

—No creo que sea prudente confiar el destino propio a un único salvador, sea La Fuente del Sol o Kael'thas.

Los labios de Rommath se arrugaron en una mueca de disgusto.

—Si hubieras viajado con nosotros, lo entenderías. —Extendió una mano y la

poso brevemente sobre la mejilla de Umbric—. Tienes fiebre. Abandona esta locura, Umbric. Mientras aún pueda disculparla.

«Es curiosa la claridad que puedo sentir en mis pensamientos». Lo suficiente como para ver el favor que Rommath ofrecía de forma altruista: Si dejaba pasar el asunto, Rommath lo achacaría a la abstinencia y a la enfermedad, y todo quedaría en el olvido. Si seguía insistiendo, su amigo, que creía en la ley por encima de todas las cosas, sin excepciones, y cuyo corazón seguía desgarrado por la traición de DarKhan, enviaría a los rompehechizos tras él. Umbric apretó los ojos tratando de aliviar el dolor de cabeza. Estaba demasiado cansado para intentar convencer a un muro como Rommath. Su conocimiento era demasiado superficial, y apenas había comenzado a comprender el Vacío. «Aprenderé. Y cuando domine el Vacío, Rommath me escuchará».

Esta vez, Rommath no le impidió incorporarse. Se quitó el paño de la frente.

—De acuerdo —dijo—. Veamos qué solución has traído.



«Pronto será mi cumpleaños. Quizás me espere una fiesta sorpresa», pensó Umbric mientras golpeaba con su nudillo la puerta de la sala del consejo. Aceptaría cualquier atisbo de frivolidad para mantener a raya la certeza de que algo iba muy pero que muy mal. Los guardias acababan de impedirle acceder al sagrario de La Fuente del Sol, lo cual era en sí mismo un hecho muy extraño. Ahora que habían sanado La Fuente del Sol y su poder era estable, no había razón para que se le negara la entrada a un magister de su pueblo, y mucho menos a uno tan importante como Umbric. Estaba pensando con quién debería comentar aquel error —¿Lor'themar, quizás?— cuando un mensajero se había detenido ante él y le había entregado un mensaje del consejo de magistri que le ordenaba presentarse ante ellos. Una reunión de la que nadie se había molestado en informar a Umbric.

Las puertas se abrieron y pudo contemplar la escena que se presentaba ante él: casi todos los magistri de la Ciudad de Lunargenta, cada uno con una mirada más

reprobatoria que el anterior; Maella, con las manos atadas por delante y un aspecto extraño y diminuto sin su armadura de rompehechizos; y Rommath, de pie y con los brazos cruzados, con una expresión fría y la mirada fija en Umbric.

Umbric acogió con satisfacción la oleada de ira que lo invadió al ver trataban a Maella como una criminal. Claramente, la sorpresa que le habían preparado.

—He recibido vuestro mensaje.

—A esta *mujer* —dijo el magister Ocaso Marchito—, la han descubierto practicando magia negra, y ahora se enfrenta a un juicio.

«Y está claro que ya habéis decidido que es culpable, sin concederle la cortesía de mencionar su nombre».

—¿Qué clase de magia negra? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—Un ritual del Vacío —contestó Rommath.

Umbric vio claramente la elección que tenía ante sí: fingir que no reconocía a Maella y dejar que ella sola se enfrentara a su castigo... o hacer todo lo posible por protegerla y darle a sus compañeros magistri lo que realmente buscaban. Maella lo entendería si elegía la primera opción. Todos sabían los riesgos que corrían al seguir estudiando lo que los magistri habían prohibido —ante las protestas del propio Umbric— tras el renacer de La Fuente del Sol.

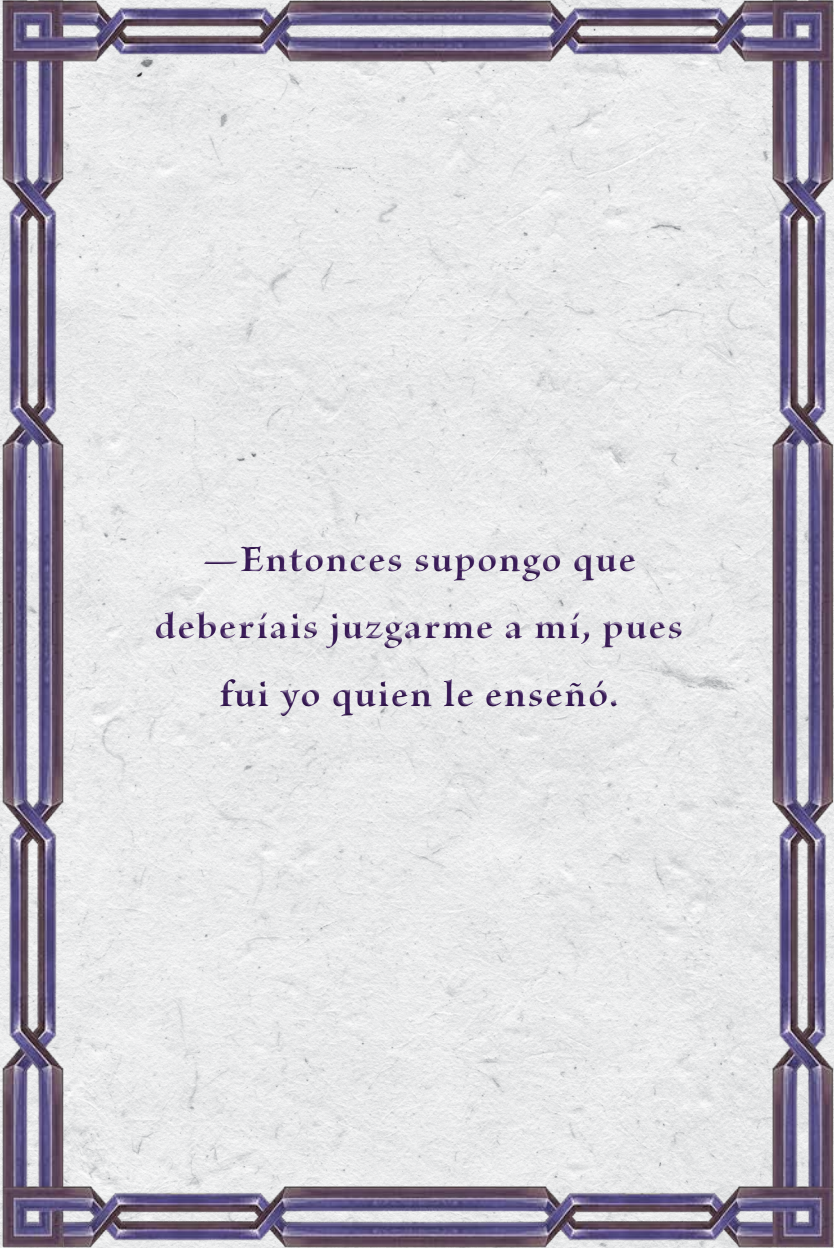
La fatiga sustituyó al miedo en su corazón. Estaba cansado de mentir, de esconderse, de actuar como si la necesaria búsqueda de conocimiento fuera algo malo. También estaba cansado de la hipocresía de cada magister que proclamaba la santidad de La Fuente del Sol, esa segunda oportunidad que se les había concedido a costa del atormentado corazón de un naaru. Umbric se metió las manos en las mangas para ocultar que temblaba.

—Entonces supongo que deberíais juzgarme a mí, pues fui yo quien le enseñó.

Los magistri prorrumpieron en gritos, aunque Umbric solo miró a Rommath. Su expresión era sombría, pero para nada sorprendida. Sus palabras, frías y precisas, se elevaron por encima del resto.

—¿Y qué propósito podría tener un ritual así, ahora que se ha restaurado La Fuente del Sol?

Umbric se había preparado para este día, imaginando los argumentos, las



—Entonces supongo que
deberíais juzgarme a mí, pues
fui yo quien le enseñó.

frases ingeniosas y la irrefutable lógica que usaría para convencer finalmente a los magistri de lo que parecían tan decididos a ignorar. Pero al encontrarse con la mirada de Rommath, todas las palabras que con tanto cuidado había preparado se convirtieron en cenizas en su boca.

—Conoces los hechos tan bien como yo. La Fuente del Sol ha sido corrompida dos veces y destruida una vez. Hemos necesitado el corazón de un naaru al que torturamos una vez a instancias de Kael'thas para restaurarla. Hacer una misma cosa una y otra vez y esperar un resultado diferente es una locura.

—La misma cosa una y otra vez —Repuso Rommath con palabras impregnada de rabia—. ¿Como dar cobijo a una víbora en el corazón de nuestra ciudad? Dar'Khan casi nos destruye. *Kael'thas* casi nos destruye.

Otro magister —Umbric no vio quién era, ya que no podía apartar la mirada de Rommath, de la furia y la desesperación que habitaban en sus ojos— añadió:

—Seríamos unos necios si dejáramos que te convirtieras siquiera en una nota al pie de esa lista de aspirantes a tiranos.

—No tengo el menor interés en la política ni en los baños de masas, y lo sabéis —respondió Umbric. Rommath inclinó ligeramente la barbilla, lo que interpretó como una afirmación—. Me aseguraría de que no volviéramos a vernos acorralados como bestias desesperadas. Los magistri sabemos mejor que nadie que el poder no es más que una herramienta y, como cualquier otra, podemos utilizarlo para construir o para destruir. Creemos muchos caminos que pueda recorrer nuestro pueblo, de modo que la pérdida de uno no sea un absoluto desastre.

Era su mejor argumento, y debería haber funcionado. *Habría* funcionado con el Rommath que había conocido cuando eran estudiantes. *Podría* haber funcionado con el Rommath que había regresado con el mensaje de falsas esperanzas del príncipe Kael'thas si Umbric hubiera sido capaz de expresarlo de manera coherente en ese momento. Pero la gélida quietud del rostro de Rommath era una prueba patente de que sus palabras no habían surtido efecto.

—Tu investigación ya te ha corrompido, pues no puedes ver que La Fuente del Sol es el mejor camino. El *único* camino. Así solo abrirías la puerta a que volviera a corromperse.

—Mi investigación no afecta de ningún modo a La Fuente del Sol, ni pretendo ponerla en peligro. Pero temo que, cuanto más dependamos únicamente de su estabilidad, más cerrados de mente y fanáticos nos volveremos.

Umbric se dio cuenta de que aquellas palabras habían sido un error en cuanto salieron de su boca. Aunque algunos de los magistri —se esforzó en fijarse en cada rostro— parecían pensativos, la indignación era palpable en la sala.

Nadie estaba tan furioso como Rommath.

—La Fuente del Sol nos ha protegido durante milenios —dijo, pronunciando cada palabra como si fuera una bofetada—, Y nuestro mayor sufrimiento provino de su pérdida. —Respiró profundamente—. Destruirás tu investigación, abandonarás a tus seguidores y jurarás ante el resto de magistri que no volverás a hablar de esto. —Apretó los labios—. Tal vez así mantengas tu palabra.

Umbric podía sentir el amor que los había unido como amigos durante tanto tiempo como un hilo a punto de romperse. Sabía cuánto había sufrido Rommath por las traiciones de Dar'Khan y de Kael'thas. Muchos pensaban que su amigo era severo o que carecía de sentimientos, pero Umbric había presenciado cada vez que le habían roto el corazón. No quería causar más dolor a alguien que se había preocupado tanto por él y por su pueblo.

«Sin embargo...».

—No —dijo con firmeza—. Jamás prometeré algo así.

Rommath dio un paso atrás, como si acabara de recibir un puñetazo.

Haciendo caso omiso de los gritos de los magistri, Umbric se dirigió exclusivamente a él:

—Perdóname, viejo amigo. De verdad que lo siento. Si hubiera sido lo suficientemente fuerte como para decirlo antes, las cosas podrían haber sido diferentes.

El resto fue una conclusión previsible a la que Umbric prestó muy poca atención, conmocionado por su propia decisión. Lo esposaron con grilletes Arcanos, lo despojaron formalmente de su título de magister y lo arrojaron en una celda para magos mientras se informaba al señor regente. Rommath no quiso ni mirarlo mientras se lo llevaban.





En el silencio sepulcral de su celda, Umbric se preguntaba si así iba a ser su final: muerto y con sus alumnos forzados a la clandestinidad, un martirio que no serviría de nada. Sin duda era posible; hasta ahora, el Vacío le había demostrado que todo era posible. Pero eso también significaba que había posibilidades que no conducían a su muerte. Quizás fueran menos de las que le habrían gustado, ya que le había llevado mucho tiempo encontrar la convicción en su causa.

La llegada de Rommath, flanqueado por guardias, lo salvó de seguir reflexionando.

—Dejadnos solos. No puede hacerme daño.

«No más del que ya le he hecho», pensó Umbric con tristeza.

—¿Traes noticias sobre mi muerte?

Rommath negó con la cabeza.

—He convencido a Lor'themar de que no lo haga. Puedes tomarte el destierro como un favor. Te irás junto a tus seguidores. Después de esto, no podré proteger a nadie más. Y tampoco querré hacerlo.

«El último regaló de una amistad rota».

—Me encargaré de que sea así.

Rommath lo miró fijamente, mientras movía la boca como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—Has... cambiado, Umbric. Antes podía confiar en ti.

Eso le dolió. Pero, ahora, cada palabra suya lo hacía.

—Y tú no has cambiado ni un ápice, después de todo lo que hemos visto, hecho y aprendido.

Ante cada triunfo y cada desastre que había hecho temblar su mundo, Rommath siempre había respondido afianzándose aún más, como una torre construida y reconstruida para resistir cualquier embate. Era su mayor fortaleza..., pero también su mayor debilidad. Umbric no necesitaba examinar las infinitas

posibilidades del Vacío para saber que, al final, todas las torres se encuentran ante una tormenta que no pueden capear.

—Aún hay tiempo, si dejas de lado tu orgullo —dijo Rommath. Había una leve inclinación en sus labios, tan sutil que Umbric casi podría haberla imaginado, que revelaba una profunda tristeza—. Lor'themar es mucho más misericordioso que yo.

—No —respondió Umbric con la mayor delicadeza posible.

—¿Por qué? —preguntó Rommath.

«Eso es, ¿por qué?». La respuesta acudió sin pedirla, una conclusión que sabía desde hacía tiempo, pero que nunca había expresado.

—Por fin comprendo mi camino.

«Aunque me aleje de ti, viejo amigo, de nuestra gente, de todo lo que he conocido El universo es demasiado grande, y somos unos necios por no ver nuestra pequeñez. Cuánto nos necesitamos unos a otros».

—Ya veo. Un camino al Vacío —contestó el otro con desdén.

Umbric negó con la cabeza.

—Tú también abandonaste Quel'Thalas.

—Por nuestro hogar. Nuestro pueblo.

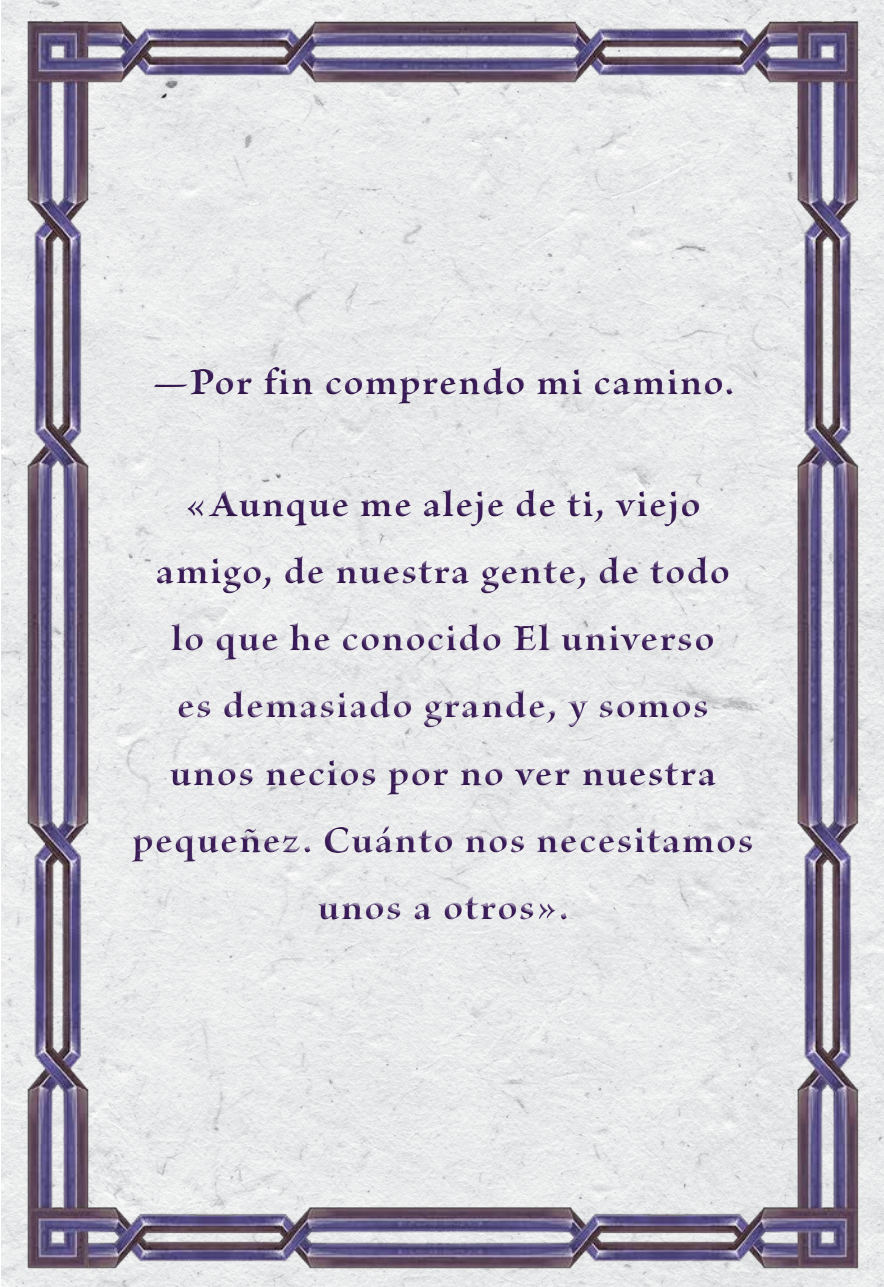
—¿Tanto te cuesta entender que mis razones son las mismas?

—Yo no renegué de todo lo que era correcto para buscar un poder corrupto. Ni mentí al respecto. —Rommath frunció los labios—. No somos iguales.

—Nunca me he sentido tan miserable en mi vida, Rommath —Respondió Umbric con una carcajada desprovista de toda alegría—. Hay fuerzas más poderosas que la magia o el Vacío... y mucho más frágiles. La amistad, el amor... Eso es lo que nos salvará del próximo desastre, y del siguiente, y del siguiente... ¿No lo ves? «¿Cómo lo va a ver? Solo ahora, mientras pronuncio estas palabras, empiezo yo mismo a comprenderlo». Emplearé hasta la última gota de mi poder para proteger Lunargenta. Para protegerte *a ti*.

—Nunca te pedí que lo hicieras.

—Siempre has hecho lo que creías correcto para nuestro pueblo, incluso cuando lo despreciabas. Incluso cuando te hacía daño. Puedes sentirte orgulloso de que por fin haya aprendido algo de ti.



—Por fin comprendo mi camino.

«Aunque me aleje de ti, viejo
amigo, de nuestra gente, de todo
lo que he conocido El universo
es demasiado grande, y somos
unos necios por no ver nuestra
pequeñez. Cuánto nos necesitamos
unos a otros».

Rommath inclinó brevemente la cabeza en señal de resignación. Cuando levantó la vista, fue como si estuviera considerando el destino de un extraño, dada la frialdad con la que le habló.

—Tienes un día. Después de eso, te expulsaremos por la fuerza.

—Entonces, será mejor que me dejes salir.

Rommath se hizo a un lado, y Umbric comenzó el largo camino que lo alejaría de su hogar. No miró atrás, pero sabía que Rommath estaba ahí, observándolo.



—Parecías menos nervioso durante la última batalla —dijo Maella mientras se apoyaba con despreocupación contra una roca.

Era una postura que Umbric la había visto adoptar a menudo en Lunargenta mientras hablaban sobre rituales, solo que ahora llevaba la armadura de una hoja de falla y tenía la piel morada de los ren'dorei.

—¿Crees que acabará así? —preguntó Umbric, apartando la mirada del portal del Vacío que estaba apareciendo frente a él.

Le picaban las manos por el deseo de encargarse de una tarea delicada — construir un pasaje desde la Falla de Telogrus a Azeroth no era nada sencillo—, pero había prometido dejar que sus camaradas ren'dorei practicasen el arte. El cielo infinito sobre la Falla de Telogrus se arremolinaba con corrientes de energía y posibilidades que brillaban intensamente ante sus ojos. Cuando llegaron por primera vez a aquel lugar —antes de que el Vacío los cambiara por completo, tanto por dentro como por fuera—, el cielo les había parecido oscuro, opresivo y vacío. «Cómo parece cambiar el mundo cuando uno tiene ojos para verlo».

—¿Tú no? —preguntó Maella mientras enarcaba las cejas con escepticismo sobre el destello lila de sus ojos.

—No. Bueno... Espero que no. Tenemos problemas en común mucho más importantes que los viejos rencores.

—Me aseguraré de mencionar esos «viejos rencores» en tu elegía.

Como si lo hiciera para evitar que Maella siguiera alimentando su ansiedad, el portal se llenó de energía oscura y abrió un pasaje al otro lado.

—Confío en que mantendrás a todos a salvo mientras estamos fuera.

—Por supuesto. Tú céntrate en no acabar en la hoguera.

Umbric fingió no oír esa última advertencia, e indicó a los magos y a los caminafallas que lo siguieran. No le gustaba llevarse consigo a gran parte de las defensas de la Falla de Telogrus, pero si estaba en lo cierto, los necesitarían en otro lugar. El viaje a través de un portal del Vacío era muy diferente a su equivalente Arcano, que había hecho infinidad de veces. Producía la sensación de ser impulsado a través de un océano de infinitas posibilidades para, inexplicablemente, llegar a la correcta.

La irresistible marea mágica los dejó en un camino de adoquines rotos cubierto de hierba: la Aldea Brisaveloz. Tenía el mismo aspecto que desde hacía años: un espectro de su antigua gloria, un legado de la invasión de la Horda y más tarde de la de la Plaga, aunque ahora era la paz, y no los no-muertos, quien reinaba allí.

—Movimiento a la izquierda —dijo en voz baja uno de los caminafallas—. Un centinela, creo.

—Contábamos con ello. Ahora solo queda esperar

«Rommath dirá que se trata de otra promesa rota y no estará del todo equivocado». Pero Umbric no veía otra opción, literalmente. El Vacío no era la bola de cristal de un adivino; el potencial se centraba en el *presente*, desde el que se dividían futuros ramificados en infinitos aún mayores. Pero cuando conoció la visión de Vereesa Brisaveloz —en la que el Vacío se extendía hasta engullir toda Lunargenta—, supo que coincidía con lo que podía intuir en la periferia de sus propias visiones. Había un enredo en el tejido de las posibilidades, uno que amenazaba con consumir Azeroth. Y estaba cerca.

No tuvieron que esperar mucho. Poco después, Umbric detectó el cambio en la energía del ambiente que anunciaba la apertura de un portal, seguido por el creciente estruendo de muchos halcones zancudos. Detrás de él, uno de los magos murmuró algo sobre el honor de ser una amenaza tan grande como para merecer una respuesta tan inmediata. A Umbric le habría gustado poder reírse de ello, pero lo único que

podía hacer era mantener la aparente calma de su exterior mientras su estómago se revolvía por los nervios y la tensión.

Tal y como había esperado y temido, Rommath encabezaba la columna, con la espalda rígida y recta a lomos de su montura. «Parece cansado» —pensó Umbric, aunque una observación mucho más relevante habría tenido que ver con el gran número de rompehechizos y Caballeros de sangre que lo seguían—. ¿Es que no tiene amigos que le obliguen a cuidarse?». Cualquier afecto que sintiera al ver a su viejo amigo se esfumó de inmediato al ver la expresión en el rostro de Rommath. Ira, desaprobación, censura... Todo eso se lo esperaba. Pero lo que percibió de verdad fue repugnancia.

«Y yo que me había acostumbrado a nuestro nuevo aspecto...». De todas las estúpidas bromas que podría haber pensado, esa fue la que rompió la tensión en su interior, aunque no sirviera de nada para aliviar la hostilidad que impregnaba la atmósfera entre ambos grupos.

Rommath ordenó a sus tropas, cuyo número superaba con creces a los ren'dorei que Umbric había traído, que se detuvieran e hizo un ademán. El sonido del metal al desenvainar las armas llenó el aire.

—He dejado de sorprenderme cada vez que rompes una promesa —dijo.

—No hemos venido para exigir nuestro regreso a Lunargenta —«Aunque espero hacerlo algún día»—, sino para tratar la amenaza que se cierne sobre ella.

—Tú y los tuyos sois la única amenaza que veo.

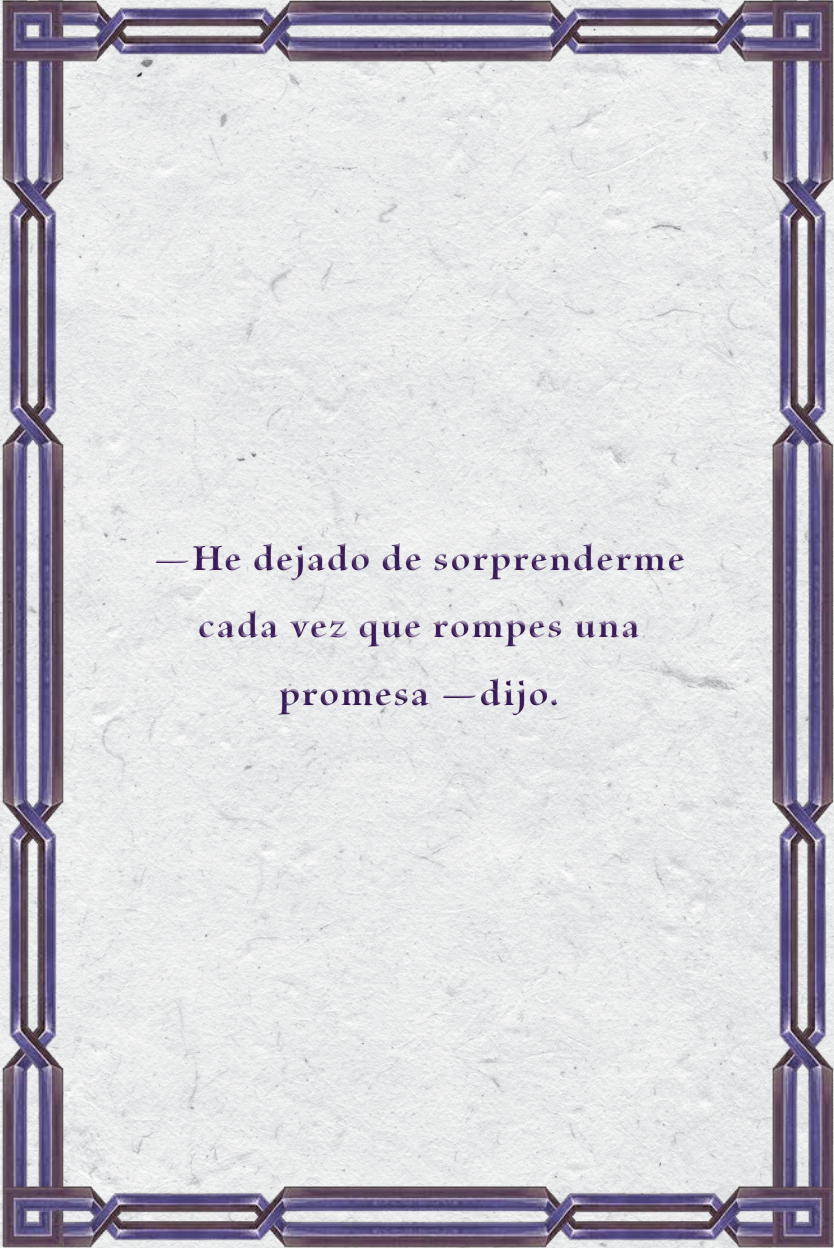
—¿No te han informado de la visión de Vereesa Brisaveloz? —preguntó Umbric, ignorando su provocación.

Rommath esbozó una leve sonrisa al oír el nombre, pero no dio más señales de reconocimiento. Umbric le explicó rápidamente todo lo que sabía al respecto y sus propias observaciones sobre el Vacío, que coincidían con la visión de Vereesa.

—¿Vosotros, *criaturas* del Vacío, venís con una advertencia de que vuestro señor engullirá Lunargenta? —preguntó Rommath con patente incredulidad.

—No soy una *criatura* del Vacío más de lo que lo eres tú de La Fuente del Sol —respondió Umbric con frialdad—. Usamos el poder. No al revés.

—Y, sin embargo, sois la única invasión que veo. Aunque no mientas a sabiendas, Xal'atath sigue libre; Podríais ser peones de su corrupción —añadió



—He dejado de sorprenderme
cada vez que rompes una
promesa —dijo.

elevando el tono—. Habéis desafiado el exilio al volver a nuestras tierras. Un paso más, y solo encontraréis muerte. *Marchaos*.

Alzó una mano, de la que brotó una chispa de fuego que creció rápidamente, a la vez que los rompehechizos y los Caballeros de sangre comenzaban a avanzar lentamente, con la clara intención de forzar la retirada de los ren'dorei. Con un gesto Umbric ordenó a su gente que no se moviera, mientras buscaba desesperadamente algún camino a seguir en el implacable rostro de Rommath. Vio el ceño fruncido de su viejo amigo y leyó las palabras que no podía oír: «No me obligues a hacerlo».

Umbric exhaló aire e inhaló el potencial del Vacío. Existían muchísimas posibilidades, y la mayoría de ellas terminaban con ambos muertos en una destrucción mutua sin sentido. Ni siquiera podía enfadarse con Rommath. Comprendía demasiado bien cada paso que los había llevado hasta esta situación.

Sin una respuesta sencilla a la vista, Umbric se aferró a la única posibilidad que gritaba desde su corazón. Exhaló el Vacío y recurrió a la magia Arcana arraigada en él desde hacía tanto tiempo, pronunciando una sola palabra para oponer su voluntad al hechizo de Rommath. Lucharon durante un momento: Rommath intentaba acabar conjurar su bola de fuego de manera desesperada mientras sentía que Umbric se esforzaba en desterrarla. Siembre había dominado los contrahechizos, pero la férrea voluntad de Rommath lo había superado en más de una ocasión.

Sus miradas se cruzaron mientras luchaban en silencio.

Y entonces Umbric sintió que Rommath se rendía.

El repentino colapso del hechizo emitió una silenciosa explosión que levantó una bocanada de aire. Uno de los magos ren'dorei profirió un sonido que estaba entre un sollozo y una risa entrecortada.

Umbric dio un paso hacia Rommath sin dejar de mirarlo fijamente.

—Jamás podría obligarte a hacer nada, Rommath, de la misma manera que tú no podrías obligarme a hacer nada que no sintiera de corazón. Sé que no confías en el Vacío, y con razón. Lo que te pido es que confíes en *mí*.

—Ja —respondió Rommath. «Lo mismo una y otra vez».

Umbric dio otro paso adelante.

—Dime qué daño le he hecho a La Fuente del Sol. Dime qué daño le he hecho a Lunargenta, aparte de abandonarla cuando me condenaron a hacerlo

«He roto tantas promesas que quizá nunca pueda reparar por completo el daño que nos he causado. Pero hay una promesa que nunca he incumplido y que jamás incumpliré».

—Volver a confiar en ti podría ser la perdición de Lunargenta.

Sería algo difícil de pedirle a nadie, sobre todo a alguien a quien ya habían traicionado tres veces.

—Puede ser. Pero no estaría aquí si tuviera alguna duda de que mi marcha significaría su destrucción.

Rommath decidió no responder. Umbric dio un paso con cautela, y luego otro, hasta que se encontró frente al primero de los Caballeros de sangre que se habían movido para proteger a Rommath, cuya espada se apoyó ligeramente contra su cuello. Allí se detuvo y miró a Rommath levantando una ceja. «Muchos piensan que careces de corazón, viejo amigo, pero ambos sabemos que no es así. Puede que tengas el corazón más grande de los aquí presentes, pese a todas las traiciones que has sufrido. Muéstrame esa fuerza una vez más.

Te lo ruego».

Puede que Rommath escuchase su silenciosa plegaria. Sus hombros se encogieron ligeramente y levantó una mano, lo que hizo que el Caballero sangriento envainara la espada y retrocediera lentamente. Lo mismo hizo el resto del contingente hasta que el último elfo de sangre hubo guardado el arma.

—No hagas que me arrepiente —dijo Rommath.

—Gracias.

Rommath volvió a enderezar la espalda.

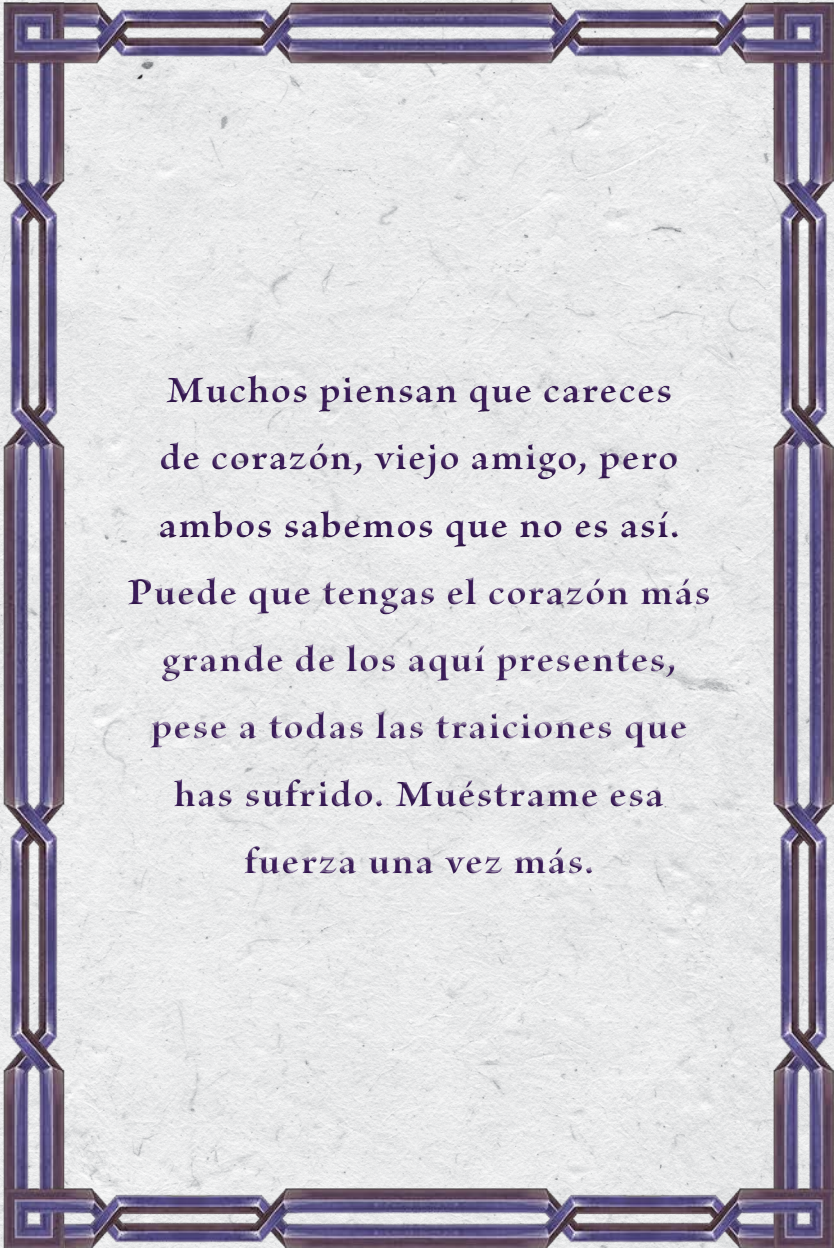
—Si ven a alguno de vosotros dentro de los límites de la Ciudad de Lunargenta o cerca de La Fuente del Sol, será ejecutado en el acto.

El repentino alivio que invadió a Umbric le impulsó a dar un último paso hacia adelante, aunque no llegó a alcanzar a Rommath.

—Yo... —«Te echo de menos Lo siento»—. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Tal vez —respondió Rommath.

Frunció los labios en un gesto de fugaz disgusto y metió en la mano para sacar su pañuelo de lino blanco. Sin mediar palabra, se lo entregó a Umbric, quien, completamente desconcertado, lo aceptó. Rommath soltó un ligero resoplido, un



Muchos piensan que careces
de corazón, viejo amigo, pero
ambos sabemos que no es así.
Puede que tengas el corazón más
grande de los aquí presentes,
pese a todas las traiciones que
has sufrido. Muéstrame esa
fuerza una vez más.

sonido con el que Umbric se había familiarizado durante su amistad, y se tocó ligeramente el lado del cuello con un dedo antes de darse la vuelta.

—No salgáis de la aldea.

Umbric presionó el pañuelo contra su cuello y solo entonces sintió el dolor agudo y sutil del lugar donde la espada del Caballero de sangre tendría que haberle cortado. Retiró el pañuelo un instante para confirmar la presencia de la sangre contra el lino.

—Gracias —le dijo a Rommath mientras este se alejaba lentamente.

El magister no dio señales de haberlo oído, y tal vez no lo había hecho, debido al ruido del contingente de halcones zancudos.

La gente de Umbric se apresuró a rodearlo, alzando las voces en un murmullo cargado de sospecha y alivio a partes iguales.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó un caminafallas—. ¿Qué te ha dado?

Umbric ignoró la primera pregunta; solo la segunda importaba.

—Una posibilidad.

«Y la esperanza vive en cada posibilidad».

SOBRE EL AUTOR

Alex Acks es un geólogo y escritor galardonado al que le encanta vestir con elegancia. La editorial Angry Robot Books ha publicado sus novelas *Hunger Makes the Wolf* (ganadora del premio Kitschies Golden Tentacle de 2017) y *Blood Binds the Pack* bajo el seudónimo de Alex Wells. Su colección de novelas cortas *steampunk*, *Murder on the Titania and other Steam-Powered Adventures*, fue nominada al Colorado Book Award; y su secuela, *Wireless and other Steam-Powered Adventures*, ha sido publicada por la editorial Queen of Swords. Ha escrito otras obras de Activision-Blizzard dentro de la serie *Exploring Azeroth*, además de trabajar en otras franquicias como Marvel o Twilight Imperium. Ha publicado cuentos cortos en páginas como Tor.com, Strange Horizons, Giganotosaurus, Daily Science Fiction, Lightspeed y muchas más. Vive en Denver, donde escribe bajo la atenta supervisión felina de Coco Puff, Lily y Vergil. Puedes encontrar más información en su página web: <http://www.alexacks.com>.